

EGUZKILORE

Número Extraordinario 11.
San Sebastián
Diciembre 1997
287 - 292

IDENTIDAD EUROPEA Y TRADICIÓN NACIONAL *

Excmo. Sr. D. Inaxio OLIVERI ALBISU

*Consejero de Educación,
Universidades e Investigación
Gobierno Vasco*

Resumen: A la crisis del Estado de Bienestar se le ha asociado el crecimiento de la desigualdad, de la exclusión social, de la pobreza, del racismo y de algunas manifestaciones de la crisis de identidad social. Su cuestionamiento obliga a revisar las condiciones del bienestar. Junto a este debate se produce la reafirmación de la identidad europea, pero, por otra parte, se genera la necesidad de crear una nueva identidad que recupere la "auténtica" tradición nacional.

Laburpena: Ongizate Estatuaren krisiari lotu izan zaio desberdintasunen, gizarte-bereizkeriaren, pobrezia-
ren, arrazakeriaren eta nortasun sozialaren galeraren adierazpen batzuen hazkundea. Arazo horiei buruzko
galderak eginez gero, berraztertu egin beharko lirakeke ongizatearen baldintzak. Eztabaida honekin batera
europar nortasuna azpimarratzen da, baina, beste alde batetik, "benetako" nazio tradizioa berreskuratuko
duen nortasun berria sortzeko beharra ere agertzen da.

Résumé: La crise de l'État de Bien-être a été associée à la montée de l'inégalité, de l'exclusion sociale, de la
pauvreté, du racisme et de certaines manifestations de la crise d'identité sociale. Cette mise en question nous
oblige à reviser les conditions du bien-être. Avec ce débat s'impose la réaffirmation de l'identité européenne,
mais d'autre part se présente aussi l'obligation de créer une nouvelle identité qui puisse récupérer la "vraie"
tradition nationale.

Summary: Welfare state's crisis has been associated to the increase of inequality, social exclusion, poverty,
racism and some manifestations of social identity crisis. This question force to revise welfare's conditions. The
reaffirmation of european identity prevails on this debate, but in other direction there is an obligation to found
a new identity that could make up for the "true" national tradition.

Palabras clave: Estado de Bienestar, Exclusión Social, Racismo, Identidad Social.

Hitzik garrantzizkoenak: Ongizate Estatu, Gizarte bereizkeria, Arrazakeria, Gizarte nortasuna.

Mots clef: État de Bien-être, Exclusion sociale, Racisme, Identité sociale.

Key words: Welfare state, Social exclusion, Racism, Social identity.

* Conferencia de clausura.

Estimados amigos, es para mí un verdadero honor clausurar este III Coloquio Internacional sobre el Año Europeo contra el Racismo: Reflexiones desde la Delincuencia, la Marginalidad y las Relaciones Sociales. Este Coloquio que les ha reunido durante tres días es el marco elegido por el Instituto Vasco de Criminología para reflexionar, convirtiéndose en un lugar de encuentro, sobre algunos de los problemas que atraviesan el panorama social de la vieja Europa.

Un simple vistazo al programa del Coloquio señala la enorme complejidad de muchas de las cuestiones que les han preocupado durante estos días, aunque el racismo, la marginación, la exclusión social han ocupado la mayor parte de su tiempo.

Permítanme incorporar algunas reflexiones a tan sugerente programa. Nos ha tocado vivir en un tiempo de grandes mutaciones; éste es un tiempo en el que viejas seguridades y respuestas “evidentes” están sometidas a público examen. Estamos inmersos, como ciudadanos activos o como actores pasivos, en un complejo fenómeno de crisis en la estructuración interna de nuestras sociedades, porque paralelamente al apaciguamiento y/o a la latencia de la lucha de clases, asistimos a la emergencia de una serie indefinida de nuevos conflictos y de nuevas formas sociales, algunos con y otros sin proyección política. Unos aparecen asociados a la crisis de la representación política, otros al interés por la vida digna, algunos son conflictos alrededor de la identidad. Al cuadro de interrogantes no le son ajenos la crisis del Estado del Bienestar, los problemas de definición política de una nueva izquierda, o el pasado de la ilusión que representaron las utopías socialistas. Por otra parte, y en debate consigo misma, está emergiendo una sensibilidad social, en parte nueva y en parte con una amplia tradición en el mundo de las ideas. Esta sensibilidad lee la realidad desde el interés inmediato, desde el orden de lo cotidiano. De esta forma, los grandes discursos y las decisiones de las grandes instituciones interesan cuanto más afecten al mundo próximo. Las reivindicaciones nacidas de estos medios sociales son nerviosas, inmediatas, forman parte de una revolución silenciosa, revolución postmaterialista, que no es sino el producto del crecimiento económico, que sirve de base a la exaltación de los valores privados y que persigue no tanto cuestionar enérgicamente el sistema económico y político, sino exaltar la vida digna.

No sé si a lo que este tiempo de grandes cambios apunta es a superar el estado de las cosas siguiendo los caminos trazados por algunas utopías históricas o más bien estamos en un proceso de recomposición de las formas tradicionales de hacer política. Quizá lo que se nos está pidiendo es que distingamos muy bien cuándo hacemos o hablamos de política teórica y cuándo practicamos la política práctica, que seamos capaces de leer los datos de la realidad, abandonando toda visión redentora de la política. Hemos de recordar que existen muchas esperanzas sociales que tienen poco que ver con la política y, casi nada, con la política teórica: esperanzas e ilusiones que pueden mantenerse por sí mismas, sin quedar atrapadas en cuestiones relativas a la dirección de la historia, o a la verdad y la mentira de las grandes ideas. Se trata de sueños, de esperanzas familiares cotidianas, compartidas por las personas cultas y las incultas. Son ideas sobre lo que uno quiere para sí mismo y para su prole, sobre un futuro en el que todos podrán encontrar un trabajo que les permita experimentar cierta satisfacción y ganar un salario decente, y en el que todos se vean a salvo de la humillación y de la violencia. En este sentido cobra mucha importancia la pregunta que formulara N. Bobbio ¿son capaces las democracias que gobiernan los países más ricos del mundo de satisfacer las demandas ciudadanas?

Cabría preguntarse si esto se ha conseguido o, si por el contrario, arrastramos problemas estructurales de incierto manejo y de imposible resolución. No quiero ante esta cuestión cerrar la respuesta porque quiero ser coherente con la mirada perpleja que atraviesa mi visión de la realidad, pero sí parece conveniente detenerse en uno de los problemas que, desde mi punto de vista, manifiesta de forma clara y abierta, uno de los dilemas de nuestro presente: la crisis del Estado del Bienestar. No perdamos la perspectiva de que, con un nombre o con otro, de una forma o de otra, con luces o con sombras, éste es un debate central de nuestro tiempo. Detrás de su análisis, detrás de la respuesta que debemos a este dilema, detrás de la política práctica que construyamos, se erige la posibilidad de encarar el futuro bajo una u otra dirección. No olvidemos que algunas de las cuestiones que todos ustedes han debatido a lo largo de los tres días de su coloquio tienen su punto de partida y su punto de llegada en este problema. A su crisis se le ha asociado el crecimiento de la desigualdad, de la exclusión social, de la pobreza, del racismo e incluso algunas manifestaciones de la crisis de identidad social.

No olvidemos que la extensión y la consolidación del Estado social está en la base del consenso social que inaugura la conciencia europea de postguerra. La expresión social del Estado del Bienestar era la sociedad del bienestar y ésta se explicaba en términos de crecimiento económico, pleno empleo y redistribución de la riqueza social acumulada. Estos elementos eran considerados prerequisites de legitimidad social. La legitimidad social se conseguía básicamente de dos maneras: mediante un sistema abierto –accesible a todos– que aseguraba las condiciones de vida a la inmensa mayoría de los ciudadanos, especialmente a través del acceso en igualdad de oportunidades a los mecanismos de la meritocracia que aseguraban la movilidad social ascendente, especialmente el acceso de todos al sistema educativo. Cuando estos mecanismos no funcionaban, emergía la política social que se encargaba de atender a las posiciones más débiles del mercado.

El cumplimiento de esta promesa, que representa las condiciones necesarias para la legitimación del sistema político, presupone un sistema económico que mantiene tasas elevadas de crecimiento económico y que está relativamente exento de perturbaciones que impidan su normal funcionamiento.

Por eso, la crisis del Estado Benefactor es, en gran medida, la crisis de los mecanismos de consenso político y de legitimación social, en cuanto la lealtad de las masas tenía un precio para el sistema político; la estabilidad estaba asegurada si el Estado era capaz de sostener una sociedad en continuo crecimiento económico, que transformaba al pleno empleo en el vínculo visible del acuerdo social. Si todo esto se quiebra, la desilusión colectiva, la incertidumbre política, la quiebra de confianza en los caminos trillados o las expectativas conformes al sistema entran en una caverna con más sombras que luces.

El sentido social y político de este haz de problemas demostraría que la revisión, en unos países más profunda que en otros, de los mecanismos de funcionamiento del Estado social, tiene mucho significado y que la sociedad subsidiada, que no es sino el producto de la crisis económica y el recurso institucional de las políticas sociales, consolida una sociedad dual donde la posesión o no del trabajo, o la posición ante él y el sector económico (periférico o central) en que cada ciudadano desarrolla la función

productiva, son las claves para conocer si uno está dentro o fuera de la sociedad, si ocupa un lugar destacado en el centro o está sumido en la periferia del sistema y posiblemente esté también definiendo el futuro de su prole.

La sociedad de los dos tercios nos interroga no sólo sobre las características más o menos acentuadas de la crisis, sino sobre su dimensión y sobre sus características. Bien es verdad que no hay un único modelo de Estado del Bienestar, pero sí que el cuestionamiento del modelo dominante “obliga” a repensar las condiciones del bienestar. No obstante, el replanteamiento, la recuperación de la idea social de Europa y la entrada de la política en el mundo de las duras decisiones económicas abre ventanas de esperanza para el futuro. No obstante, la revisión es deudora de tres cuestiones fundamentales: la capacidad de seguir creciendo y de producir excedentes económicos suficientes para que todos los ciudadanos puedan tener acceso a ellos, las políticas de redistribución decididas en cada momento por la sociedad y el modelo cultural e institucional de valoración de cuáles son los bienes y servicios que deben priorizarse en la distribución social de la riqueza.

Pero este debate se está produciendo en un momento de reafirmación de la identidad europea. El euro, el mercado común europeo, se afirman como vías abiertas para el futuro en un tiempo histórico donde el cambio se percibe con incertidumbre e inseguridad.

Así, si el pleno empleo es un recuerdo del pasado, si las proclamas sobre la Europa social no son sino el enésimo intento por restaurar la tensión por fomentar nuevos mecanismos de solidaridad social, si el trabajador asociado al mundo industrial ha perdido peso en la estructura social europea, si la subida electoral de la extrema derecha preocupa a todos los analistas políticos, debemos concluir que algo está pasando en nuestros hogares.

Estos cambios, de los que sólo he enumerado unos pocos, se proyectan de forma distinta en diferentes sectores sociales; los sectores obreros “tradicionales” sienten su “cómoda” situación en peligro y el relevo generacional (la incorporación de los jóvenes al mundo laboral) es más que problemática. Bajo estas circunstancias, el sistema político tradicional se resiente porque la crítica política y la del sistema clásico de representación a través de los partidos tradicionales no pueden encauzar toda la energía sociopolítica. Los fenómenos populistas, la aparición de movimientos neofascistas y la pérdida de interés por la política no son sino indicadores de esta tendencia.

La búsqueda de la identidad es crítica porque en algunas de sus expresiones, las tradiciones nacionales y étnicas disponibles están identificadas con el modelo político y económico que “expulsa” a muchos individuos del acceso al mercado laboral, y, consecuentemente, les impide ser ciudadanos normales. Pero por otra parte, la identificación entre Estado y Nación conduce a estos colectivos a que la crisis de uno u otro genere la necesidad de crear una nueva identidad que recupere la “auténtica” tradición nacional y la lance contra el Estado democrático y su gobierno, vistos y percibidos como los culpables de la situación. En estas circunstancias, estamos a un paso de la desviación xenófoba y racista, sólo falta, en estos casos, la aparición de un chivo expiatorio, un grupo sobre el cual cargar las responsabilidades de todo lo que ocurre. Habitualmente, los inmigrados, las personas de otras razas, de otras costumbres, todo lo que es distinto, suele ser el señalado con el dedo. La búsqueda de referentes de iden-

tividad que permita paliar la pérdida de sentido y el sentimiento de abandono y frustración, no son sino el corolario de la incapacidad de estos grupos para positivizar y leer qué es lo que les pasa.

Por la profundidad de esta cuestión no hay soluciones simples, ni tampoco son suficientes las llamadas a la paz universal o a la tolerancia sin contenidos. Si estamos todavía hoy buscando reglamentos para encarar el problema de la diversidad, intentando huir de las manifestaciones alternativas acabadas, lo que cada vez parece más evidente es que a las formas de manifestación de la exclusión social no se las combate ignorándolas, ni que las formas de racismo aparecen porque sí. Ante estas situaciones, sólo cabe escuchar el enigma, acercarse a estos grupos, inicialmente para comprender por qué pasan estas cosas y después para caer en la cuenta de que las estrategias no pueden ser sino estrategias comprensivas de largo alcance que afecten a la base estructural del problema, así como a sus manifestaciones concretas, sabiendo en todo caso que ni las soluciones liberales, ni el socialismo clásico tienen respuestas para todos los problemas. Es probablemente mejor reconocer que “nos encontramos en un período de incertidumbres y de confusión”. Pero que, a su vez, los ingredientes y los antídotos están más o menos disueltos en la sociedad europea.

Sabemos que no podemos prescindir del Estado social, cosa bien distinta es responder en una u otra dirección a los tres interrogantes que planteaba hace un momento, pero el Estado social más acá o más allá de sus críticas es, sobre todo, un signo de civilización, una conquista social parangonable a la universalización del voto y las elecciones libres. Esta toma de posición, esta apuesta política me lleva a pensar en la necesidad de reproducir una cultura democrática, una cultura que no niega al otro, que está dispuesto a convivir con el otro y que reconoce el pluralismo de la tolerancia como un valor en sí mismo. Esto significa asumir que los individuos se encuentran divididos de varias maneras. En primer lugar, se dividen entre los papeles que representan en la sociedad y los intereses que defienden. El individuo es muchas cosas, y todas a la vez (es un ciudadano, es padre o madre, es un trabajador, tiene una determinada ideología). De esta manera se define en términos de sus responsabilidades, cualificaciones, habilidades o derechos. Pero, por otra parte, se divide también entre las múltiples identidades que comparte; responde, por ejemplo, a varios nombres, se autodefine en términos de su familia, de su pertenencia a una nación, a una religión, a un género, por su compromiso político, etc. Se identifica también a sí mismo con diferentes historias, bebe de varias tradiciones, participa en diversos rituales, etc. y todo esto con grupos diferentes de personas.

En tercer lugar, esta base necesaria del pluralismo y la tolerancia es reconocer que el individuo se divide igualmente entre sus ideales, sus principios y sus valores. De esta forma, su modo de actuar es proclive a la duda, a la angustia y a las incertidumbres. En cada espacio, el individuo adquiere compromisos y son estos compromisos con los otros los que dan la medida de la cultura democrática que comparte y de cómo soporta el pluralismo y la tolerancia. Esto supone que asumir la tolerancia no es sino asumir, y además hacerlo de manera radical, el pluralismo básico de la ciudadanía democrática. De tal forma que si las condiciones materiales de vida procuran una solución más razonable para muchas situaciones precarias, la cultura democrática lo es cuando asume con radicalidad la tolerancia del pluralismo.

Sólo podemos encarar situaciones de exclusión social, de marginación, de racismo o de xenofobia encarando las condiciones materiales de vida, condiciones que hacen posible la vida digna y que replantean desde un nuevo concepto de Estado social, la dualización de la sociedad. Esta condición, siendo necesaria, no es del todo suficiente. Requerimos la construcción o la permanente vigilia respecto a los peligros que atenazan a la democracia, pero no podemos perder la perspectiva de que “la primera obligación pública es evitar el sufrimiento extremo”, pero como afirmaba el viejo liberal Isaiah Derlin, “no podemos hacer más de lo que podemos, pero eso debemos hacerlo, a pesar de las dificultades”.

Creo que los dilemas de nuestro tiempo y la complejidad que nos atenazan no pueden llevarnos a actitudes que no ven más allá de nuestra realidad inmediata. Estamos inmersos en un tiempo de cambio y siempre que situaciones de este tipo se producen, la perplejidad aflora en nuestra vida. Pero semejante actitud no debe impedirnos ver que los antídotos para este tipo de situaciones ya los tenemos: más solidaridad, más Estado social y profundización de la cultura democrática, del pluralismo y de la tolerancia.

Los dilemas implican que debemos optar, que debemos asumir riesgos, en una palabra, que debemos apostar por aquellos valores que hacen posible la civilización y las normas ciudadanas.

Espero que la reflexión de un ciudadano perplejo contribuya a crear el clima adecuado para que la tolerancia y el pluralismo se impongan en nuestra sociedad y que cada cual desde su perspectiva sepa encontrarse con todos los demás, desde situaciones y sentimientos diversos y compartidos.

Muchas gracias.